

Orietur stella ex Jacob, et consurget virga de Israël: de Jacob erit qui dominetur.

*Num., XXIV, 17.*

Ambulabunt gentes in lumine tuo, Jerusalem, et reges in splendore ortus tui.

*Isa., LX, 3.*

Surge, illuminare, Jerusalem, quia venit lumen tuum, et gloria Domini super te orta est. Quia ecce tenebræ operint terram, et caligo populos, super te autem orietur Dominus, et gloria ejus in te videbitur.

*Isa., LX, 1-2.*

Corde toto offerebant Domino.

*I Paralip., XXXIX, 9.*

Benedictus es, Domine Deus Israël Patris nostri, ab æterno in æternum. Tua est Domine, magnificentia, et potentia, et gloria, et tibi laus: euncta enim quæ in celo sunt et in terra, tua sunt: tuum, Domine regnum, et tu es super omnes principes.

*Ibid., 10-11.*

Tuæ devitiæ, et tua est gloria; tu dominaris omnium, in manu tua magnitudo et imperium omnium. Nunc igitur, Deus noster, confitemur tibi et laudamus nomen tuum inclytum. Tua sunt omnia; et quæ de manu tua accepimus, dedimus tibi. Peregrini enim sumus coram te, advenæ sicut omnes patres nostri.

*Ibid. 12-16.*

Obtulerunt aurum de Ophir, et ligna thyina et gemmas pretiosas.

*II Paralip., IX, 10.*

Quæ postquam vidit non erat præ stupore in eo Spiritus.

*Ibid., 3-4.*

Scio, Deus meus, quod probas corda et simplicitatem diligas, unde et ego in simplicitate cordis mei obtuli universa, et populum vidi eum in.

13

## ADORACION DE LOS REYES MAGOS

### DIA QUINCE

#### ARTÍCULO I

#### LA SAGRADA ESCRITURA

In illa die radix Jesse qui stat in signum populorum, ipsum gentes deprecabuntur.

*Isa., XI, 10.*

Viri eublimes ad te Sion transibunt, et tui erunt: te adorabunt teque deprecabuntur, tantum in te est Deus, et non est absque te Deus.

*Id., XLV, 14.*

Venient populi multi et gentes robustæ ad quærendum Dominum exercituum in Jerusalem, et deprecandam faciem Domini.

*Zachar., VIII, 22.*

Dabitur ei de auro Arabiæ, et adorabunt de ipso semper.

*Psal., LXXI, 15.*

Circumspice, Jerusalem, ad Orientem, et vide jucunditatem a Deo tibi venientem.

*Baruch., IV, 36.*

genti gaudio tibi offerre donaria. Domine, custódi in æternum hanc voluntatem cordis eorum, et semper in venerationem tui mens ista permaneat.

*I Paralip., XXIX, 17-18.*

Benedicta tu a Deo tuo in omni tabernaculo Jacob quoniam in omni gente quæ audierit nomen tuum, magnificabitur super te Deus Israel.

*Judith., XIII, 31.*

## ARTÍCULO II

### LOS PADRES

I. La santa madre de Dios reposaba todas estas cosas en su corazón, y así como está escrito y mientras que en vista de tantas maravillas se inundaba su alma de un gozo inefable, no podemos explicar hasta qué grado de gloria la eleva su título de madre de este Dios que contempla con sus propios ojos y cuyo pensamiento la sigue por todas partes. Como no podía cansarse de contemplar á su hijo con sentimientos en los que respiraba tanto respeto como amor, me complazco en figurármela sola enteramente con Jesús, dirigiéndole poco más ó menos estas palabras: (*S. Bas. Seleuc. hom. in Deip. c. II.*)

II. ¿Qué nombre debo daros, Hijo mío? ¿El de hombre? ¿Cómo puedo hacerlo si vuestra concepción es divina? ¿Os daré el de Dios? ¿Cómo así si vuestro cuerpo es terrestre? ¿Qué debo hacer? ¿Nutriros con mi leche ó consideraros sólo como un ser divino? ¿Os prodigaré los mismos cuidados que prodigan todas las madres, ó me prosternaré á vuestras plantas para adoraros como vuestra sierva? ¿Cuál es, pues, ese prodigio inenarrable? El cielo es vuestra morada y reposáis, sin embargo, en mis brazos. Estáis prometido á todos los habitantes de la tierra y sois la incesante dicha de los ángeles que os contemplan en el

cielo. Vuestra venida del cielo á la tierra fué una venida que no dejó hueco ninguno en el cielo, pues sólo fué un acto de condescendencia divina. Hablo de vuestro amor por los hombres, mas no trato de profundizar el misterio de vuestra Encarnación. (*Id. Ibid.*)

III. Los magos vienen desde Oriente á Jerusalén con un séquito numeroso y distinguido y se detienen en el umbral de la gruta en donde ha nacido el niño Jesús. La divina madre oye el ruido de los numerosos viajeros que llegan, y coge al niño entre sus brazos. Penetran los viajeros en aquella pobre morada, doblan las rodillas, adoran á Jesús, le rinden homenaje como á su rey y le adoran como á su Dios. Admiramos su fe. ¿Qué veían allí que pudiese hacerles creer que ese niño era verdaderamente rey y verdaderamente Dios? Apenas llevaba unos días de haber nacido, estaba envuelto en toscos pañales, y le veían recostado en brazos de una madre que era pobre, en un miserable recinto, solo y sin servidumbre, con todas las señales de ser un niño común. (*S. Bonavent. in Medit. vit. Christ. c. IX.*)

IV. Admirad á estos hombres que están prosternados delante de Él. Conversan con la divina madre, ya directamente, ya por medio de intérpretes, porque eran sabios y no les era tal vez desconocido el idioma de los hebreos. Le preguntaban todas las circunstancias del nacimiento del Niño, que la Virgen les explicaba, y daban fe á todas sus palabras. Ved cómo esos reyes hablan respetuosamente y con todas las señales de distinción; ved la atención con que oyen á María, que á su vez les habla con dulzura y los ojos bajos con la mayor modestia. Ni desea prolongar la visita de los reyes, ni se complace en verse objeto de la admiración de los nobles viajeros.

V. Una estrella saldrá de Jacob; el sol saldrá de la estrella, y la presencia del sol se demostrará con la aparición de la estrella. La Virgen María, estrella del mar, ha

ofrecido en su persona á su Hijo, en la cuna, los mismos presentes que los magos. Le ha presentado el oro de la dignidad real, porque es hija de reyes; y le ha ofrecido también el incienso y la mirra, porque bajo el nombre de esposa de los cánticos la vemos que posee todas estas cosas. No nos admiremos, pues, de hallarlo todo en nuestra estrella, porque la Virgen María posee en grado eminente los dones inseparables de la pureza del cuerpo y la santidad del alma. (*Petr. Damian. hom. in Epiph. Domin.*)

## ARTÍCULO III

## PLAN Y ASUNTO

Silencio de María,  
Debemos imitarle.

## I. Silencio de María.

María ha llevado en su seno al Hijo del Altísimo; y le ha visto salir de él como sale un rayo del sol entre nubes. ¡Qué cosas tan maravillosas pudiera contarnos! María se deja alabar por todo el mundo, por los pastores que regresaron á sus hogares alabando á Dios, y por los magos que se alejaron admirados. Tan humilde como discreta, se deja considerar como una madre vulgar, y consiente en que su Hijo sea considerado como fruto de un matrimonio vulgar. El mismo silencio guardó José, y no sacaron ningún provecho material de tantas maravillas.

## II. Debemos imitar el ejemplo de María.

Las grandes cosas que obra Dios en el interior de las criaturas nos llevan al silencio y admiración y van acompañadas de algo divino que no puede explicarse. ¿Quién podrá decir lo que sentía María en el fondo de su alma? Por esto se ocultan los secretos de Dios, á menos que Él

mismo abra los labios á ciertas criaturas para que publiquen sus maravillas.

Nada son las cosas humanas si no se conocen ni puede apreciarlas el mundo. Lo que Dios hace tiene en sí mismo un valor inestimable que sólo se aprecia juntamente con Dios.

Todos los bienes de que hacemos ostentación son falsos, y sólo les da valor la opinión de los demás. Sólo son verdaderos bienes los que se disfrutan á solas con Dios. Probadlo y veréis cuán dulce es el Señor. Gustad el silencio y el retiro; huíd las conversaciones tumultuosas del mundo; poned una mordaza á vuestros labios para que vuestras murmuraciones no os impidan oír á Dios ni os distraigan de tan dulce atención. *Vacate et videte.*

## ARTÍCULO IV

## Extractos y pensamientos diversos

I. Los adoradores del Sol, los gentiles á quienes la cruz venía á salvar lo mismo que á los hijos del pueblo predilecto, penetraron en la humilde morada de CRISTO con tanta veneración, como en sus templos edificados sobre fuegos subterráneos y á donde giran esferas estrelladas. Según el uso de su nación, inclinaron sus frentes hasta tocar en el polvo de aquel albergue miserable, y después de haberse quitado sus ricas sandalias, adoraron al recién nacido como todo hijo de Oriente adoraba entonces á sus dioses y señores. Abriendo en seguida los cofrecitos de maderas olorosas en que estaban los presentes destinados al Mesías, sacaron el oro purísimo recogido en los contornos de Ninive la Grande, y los perfumes cambiados por frutos y perlas con los árabes del Yemen. Estos dones misteriosos no tenían nada de carnal ni de repugnante como las ofrendas de los judíos. La cuna de AQUEL que venía á abolir los sacrificios de la sinagoga, no debía regarse con sangre; así es que los magos no le inmolaron corderos sin mancha ni blancas terneras; sino que le presentaron el oro como á príncipe de la tierra, y el incienso y la mirra como obligación debida á Dios. Después de esto, inclinando la frente ante María, á quien encontraron *bella como la luna y humilde como la flor de Nénufar* invocaron sobre ella las bendiciones de Dios, manifestándole el deseo de *que nunca la mano de la desgracia pudiese alcanzarla.* ¡Ah! este voto no podía variar lo que estaba escrito en los decretos eternos.

Esta fué la última escena de esplendor y grandeza en que figuró la santa Virgen. El primer período de su vida se había deslizado como un dulce sueño del Ginnistan, bajo los artesones de cedro y oro, en medio de los perfumes sagrados, de los cánticos melódicos y de las místicas armonías de las arpas y de las liras; el segundo lleno de maravillas y de misterios, la había puesto en comunicación con los espíritus celestes y con los príncipes del Asia; el tercero iba á abrirse bajo muy diferentes auspicios; llegábales su vez á las persecuciones, á las angustias infinitas, á los inexplicables dolores.—(*Orsini, La Virgen*).

II. Después de una larga fatiga y de vencer muchos obstáculos que se les presentaron en el camino, los magos salidos de Oriente llegaron á Jerusalén seguidos de una escolta numerosa y acompañados de algunos personajes distinguidos. Vedlos llegar frente al establo en que le plugo al Niño Jesús nacer. La numerosa concurrencia causó cierto tumulto. María, que no sabía lo que pasaba, se manifestó algo temerosa, y como es natural en todas las madres, cogió á su Hijo en brazos para protegerlo. Entraron los magos en la cueva, hincaron las rodillas y adoraron con gran respeto al Niño, cuyo trono era unas pocas pajas. Le tributaron honores como á un rey y le adoraron como á un Dios. ¡Cuánto es de admirarse la vivacidad de su fe! Y sin embargo, no vieron más que á un niño envuelto en miserables pañales descansando en el regazo de su madre, que tenía un establo por palacio y carecía de comitiva. A pesar de esto, creyeron y adoraron al Niño como á un verdadero Dios.

No se resolvían á ponerse en pie, porque consideraban que debían permanecer hincados ante el rey de los reyes. Dirigieron, por fin, la palabra á la bienaventurada madre sin servirse de intérpretes, porque esos hombres que ceñían corona, hablaban la lengua de los judíos. Preguntaban mil y mil pormenores sobre el Niño Dios á su bienaventurada madre, que les relató lo que había acontecido; y como eran hombres sencillos y de corazón recto, recogían con amoroso respeto todas sus palabras.

Digno es de admiración el respeto con que oían las explicaciones que les daba la Santísima Virgen, que repetían entusiasmados

No lo es menos la bondad de la divina María, así como la modestia que observó todo el tiempo que conversó con los magos, pues tenía bajos los ojos y en su semblante rebosaba el pudor más natural. En todos sus modales se conocía que ni se complacía hablando ni deseaba que la admirasen. Pero el Señor la dotó en esos momentos de una grande energía para que pudiese desempeñar debidamente la misión que le estaba confiada; porque los hombres que estaban delante de ella, eran la representación de la Iglesia universal que debía establecerse en todas las naciones extranjeras.

Lo que sobre todo es digno de admiración es el Niño Jesús. Ni una palabra pronuncia, pero todo en Él respira calma y majestad. No parece sino que oye y entiende cuanto se dice. Fija bondadosamente la mirada en los magos, que no pueden á su vez apartar los ojos de Él. No parece sino que su alma penetra algo sobrenatural y que su espíritu iluminado misteriosamente, entrevé secretos cubiertos por velos diáfanos. Estáticos contem-

plan la sorprendente hermosura del recién nacido, que era en verdad el más hermoso de los hijos de los hombres.—(*San Buenaventura, in Medit. vit Christ. cap. IX*).

III. Alégrese los gentiles y estremézcanse de gozo los judíos. Un sol ha salido de una estrella, y el Criador de una Virgen ha venido á ser la criatura de esta misma Virgen. Porque el que se ha hecho hombre en su seno, es el mismo que le ha dado la existencia y tiene por nombre el Altísimo. Un sol ha salido, pues, de una estrella; la salud ha salido de la enfermedad, y la muerte ha engendrado la vida. La luz brotó del seno de las tinieblas; la amargura ha producido la dulzura. Las espinas han dado una rosa; una hija ha engendrado al Padre, una sierva á su rey. Un manantial ha producido un río cuyas aguas brotan allá en la vida eterna.—(*Pedr. Damian. in Ephiph. Dom.*)

IV. La muchedumbre que llenaba las posadas, desapareció apresuradamente de Belén.

María salió del establo y tomó una modesta habitación en uno de los mesones. Allí, y no en el establo, fué donde recibió María la visita de los magos.

¿Quiénes eran los magos? La antigua tradición dice que eran unos reyes. Cuando menos eran jefes de tribus, personajes notables y ricos. Así lo atestiguan los presentes que hicieron el largo viaje que emprendieron y también sabios astrónomos. Ninguno de vosotros ignora esta tierna historia, que tanto nos conmueve; y lo que ella nos cuenta debió impresionar profundamente á María.

Un día llegaron á Jerusalén unos extranjeros venidos de Oriente, (Mat., II, 1 y 15) y sin fijarse en el peligro que podían correr por parte de un soberano meticuloso, preguntaron: "¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Porque vimos su estrella en Oriente, y venimos á adorarle. La estrella caminaba delante de nosotros y guiaba nuestros pasos; pero al llegar aquí se ha desaparecido." Herodes se turba, convoca la Sinagoga, sabe por ella que el Mesías debe nacer en Belén, llama secretamente á los magos, y esperando engañar la sencillez de estos hombres, les hace preguntas acerca de su viaje y de la fecha en que se les apareció por primera vez la estrella, para hacerles instrumento de su cruel política. Después de esto les dice con fingida calma: Id, é informaos bien acerca del Niño, y cuando le hubiereis hallado, hacédmelo saber, para que yo también vaya á adorarle. (Mat. cap. II, 8).

¿Para qué debían darte parte, Herodes? ¿Qué designios son los tuyos? ¿Quiéres tributarle también tus homenajes? Usurpador del cetro de Judá, ¿deberemos creer que quieres honrar tú al que, apoyándose en los derechos de su nacimiento y en profecía? ¿podría arrojarte un día del trono? Lo que tú quieres, miserable, es satisfacer tu ambición y darle muerte. Vislúbrase ya la punta del puñal que quieres clavar en sus entrañas,

pero hipócritamente finges que quieres adorarle para realizar mejor tu infame proyecto. ¡Oh María! ¡presentas ya la desgracia que te amenazaba? Partieron los magos, y al salir de Jerusalén, vieron de nuevo la estrella milagrosa. Dirigiéronse á Belén, y allí se detuvo el astro conductor, y tal vez llegó á posarse sobre el techo que abrigaba al recién nacido.

Entonces tuvo lugar un acontecimiento conmovedor para la fe: "Entrando en la cueva, hallaron al Niño con María, su madre." No se habla aquí de José, que sin duda estaba en su trabajo ó había salido en busca de provisiones, ó á pedir limosna para su familia. María estaba turbada, porque jamás había estado en sociedad con los grandes de la tierra y desconocía el lenguaje que debía usarse con ellos. Otra madre cualquiera se hubiera avergonzado en extremo al recibirles en su humilde choza, y estando ausente su esposo. La pobre madre tenía á su Hijo sobre sus rodillas ó en sus brazos. ¿Cuál no sería su gozo al ver que los magos se arrodillaban á los pies de Jesús y le adoraban con ardiente fe y colocaban incienso á sus pies, y oro y mirra? Le ofrecían incienso como á su Dios, oro como á su rey, y mirra como á uno de sus hermanos mortales.

¿Qué señales les hicieron reconocer tan prontamente á un Dios y á un rey, para ofrecerle incienso y oro? ¿Si es Dios, por qué es Niño? ¿Y por qué no tiene guardias si es rey? ¿Qué son de su cetro y su corona? Su palacio es un establo y su madre es una pobre mujer indigente. La fe de los magos es superior á las apariencias y adoran al Niño Dios sin titubear. Su fe regocija á María, realza á sus ojos la adoración de los pastores y la consuela del abandono de los judíos. Mas no se envanece.

El momento solemne de la adoración de los magos no ha sido señalado por ningún discurso notable, y María no pronunció una sola palabra que manifestara su emoción. Si nos atenemos al texto sagrado, este acto grandioso, que presagia la conversión de los gentiles, fué una especie de escena muda. No debemos dudar de que la Virgen María se acordó en esos momentos de las palabras del profeta David: Los reyes de Arabia y de Sabá le llevarán presentes, todos los reyes de la tierra le adorarán y todas las naciones le servirán. (Salmo VII. 1 y 10). Brillante porvenir se le presentaba á su Hijo, puesto que era rey. Día llegará en que gobernará el universo entero, ¡pero de qué manera ocupará el trono de todas las naciones del mundo?

¿No tratará la política de Herodes de sofocar en la misma cuna de Jesús el germen de cosas tan admirables? Tanto gozo y tanta admiración, tantos temores y tantas esperanzas quedaron envueltas en el más profundo silencio. ¿Qué día sabremos conservar así en nuestro corazón nuestras penas y nuestras alegrías para meditarlas solamente con Dios?—(Monseñor Pavy, obispo de Argel, Mes de María).

## ARTÍCULO V

## PLATICA XV

MARÍA, MADRE DE JESUCRISTO.

En las dos pláticas anteriores hemos considerado á María como Hija muy amada del Padre y como Esposa gloriosa del Espíritu Santo. Tócame hora cumplir con la promesa hecha y ver la última relación que la hace entrar en la familia divina como Madre de Jesucristo. Desde luego comprendemos que la maternidad divina de María es la fuente principal de su gloria y la causa de todas sus prerrogativas, así como de su incomparable poder, tanto en el cielo como en la tierra. Las complacencias de que la rodeó Dios Padre, las gracias con que la embelleció Dios Espíritu Santo, su celestial esposo, tenían por objeto hacerla digna de la incomprendible prerrogativa de ser Madre de Dios.

María es verdaderamente la Madre de Jesucristo. Esta verdad es de fe; la hallamos escrita en todos los caracteres en el símbolo de los cristianos, consignada en los santos Evangelios, enseñada por todos los doctores de la Iglesia y proclamada por los concilios de los primeros siglos cristianos; *Et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine, et homo factus est.*

Se encarnó tomando un cuerpo en el seno de la Virgen María por obra del Espíritu Santo y se hizo hombre, leemos en el símbolo de Nicea. Los Santos Evangelios hablan con la misma claridad, y sin proponerme multiplicar citas, no puedo dejar de repetir estas palabras del evangelista San Mateo: *Jacob engendró á José, esposo de María, de la cual nació Jesús, que es llamado el*

Cristo (I, 16). Y hablando de los magos, dice: (I, 11.) y entrando en la casa hallaron al Niño con María, y postrándose le adoraron. Y San Marcos, dice en el cap. VI, ver. 3: ¿No es este el artesano hijo de María? Todos los testimonios de los santos Padres se puede reasumir en este pasaje del venerable Beda, interpretando al apóstol San Pablo: *Dicit autem apostolus quia misit Deus filium suum factum ex muliere qui conceptus ex utero virginali, carnem non de nihilo, non aliunde, sed materna traxit ex carne..... etc.* El apóstol nos afirma: dice que Dios envió al mundo á su Hijo, engendrado en una mujer; porque después de haber sido concebido en el seno virginal de María, no fué de la nada, sino de ella, de quien recibió la carne y la vida. ¿De dónde nace sino el que la llamemos madre, la verdadera madre de Dios? *Deipara.*

En el siglo quinto un hereje orgulloso llamado Nestorio se atrevió á negar á María el título glorioso de Madre de Dios. La Iglesia se alzó indignada, y en el concilio de Efeso lanzó sus anatemas contra tan odiosa impiedad. Desde entonces quedó establecida la doctrina del Evangelio. María fué reconocida en el cielo y en la tierra, y lo será hasta la consumación de los siglos, no solamente como la madre del Cristo, sino como la verdadera Madre de Dios, la Madre de Jesucristo. «Nestorio, que se atrevió á proferir una blasfemia tan execrable, enfermó, y desde antes de morir los gusanos comieron su lengua, que fué el lugar donde particularmente le atacó la enfermedad que padeció.»

Dios tenía un Hijo: escribía pocos años hace un gran sabio, y no quiso guardarlo para sí solo; hizo partícipe de él á María, que es su Madre en la tierra, como Dios es su Padre en el cielo. Ella fué madre del Hijo más bien que madre de otra persona de la Trinidad, para la cual no hubo dos hijos, uno en el cielo y otro en la tierra, sino uno solo, el de Dios, que vino á ser el del hom-

bre, como lo declaró el concilio de Efeso contra Nestorio. ¿Qué consecuencia se deduce de esto? Que vino á la tierra para ser Hijo de María y serlo siempre, sin que las relaciones ordinarias le desprendiesen nunca de su Madre. Todos los antiguos hebreos hacían de la palabra *hijo* el nombre propio del Mesías, como el más bello y verdadero; así es que sólo se le disputa la verdad de este título. ¿Eres el *hijo* de Dios? Tú lo has dicho, responde Jesús, y luego añade: Veréis al *hijo del hombre*, etc. No confiesa sino lo primero, pero calla respecto de lo segundo. De ahí se deduce claramente que Jesús se hizo hombre para ser el hijo del hombre, como es también el hijo de Dios. Esta cualidad cuadra con la de Madre y responde á ella.

Había en la fisonomía de Jesús tanta semejanza con la de María, que al verla decían las gentes: ¿No es su madre la que llaman María? *Nonne mater ejus dicitur Maria?* (Matth., XII, 15.) ¿Cuánto se parecen! Tiene la misma hermosura y la misma gracia divina. Así también los que sólo conocían á Jesús, decían al encontrar á María, su augusta madre: ¿No es ésta la madre de Jesús? Es el reflejo de la divinidad de ese Hombre Dios. ¿Qué debemos deducir de este dogma sagrado, hermanos míos? ¿No comprendéis que todo el poder y toda la gloria de María brotan de esta fuente de la maternidad divina? Si María es verdaderamente la madre de Jesucristo, y si el Salvador de los hombres es verdaderamente su hijo, las relaciones de Jesús con María, son las de un hijo con su madre, las de una madre con su hijo. ¿No ha proclamado Dios una ley concebida en estos términos: *Honra á tu padre y á tu madre?* (Matth., XIX, 19). ¿Honráis á vuestros padres? Pues Jesús sólo vino á la tierra para cumplir con la ley: *et legem adimplere.*

Luego Dios cumplió en la tierra con esta ley: luego honró á su madre, es decir, la rodeó de todas las conside-

raciones de respeto, amor y obediencia. ¿Comprendéis la incomparable gloria y todo el poder que tiene María? Manda á Jesús como manda una madre á su hijo. La vida de Jesús en Nazareth, en las bodas de Caná y en el mismo Calvario, se reasume en estas palabras admirables: *Erat subditus*. María no hará generalmente más que expresar un sólo deseo á su hijo y decir á los hombres: "Haced cuanto Él os diga." No solamente será María la Madre de Jesús, sino que será la Reina del corazón de su Hijo. ¿No es la madre la que está llamada á ejercer el más suave dominio en el pequeño imperio llamado familia? ¿Y no brilla en esa misión que desempeña la madre una aureola real? Así reinaba María en la tierra.

¿Podríamos suponer ni un instante siquiera que el cielo, que unió eternamente á Jesús con María, hubiese podido romper los lazos fuertes y dulces, y las relaciones esenciales que unían á la madre con el hijo y al hijo con la madre? Los sentimientos de nuestro propio corazón están en armonía con los de nuestra fe cristiana, y ellos nos aseguran que siempre será verdad que Jesucristo es hijo de María y que María es la madre de Dios. María será siempre la Reina poderosa del corazón de su hijo, que no puede ni podrá rehusar nunca nada á su madre, Él, que es el más amoroso y obediente de los hijos. ¿Podría dejar de honrarla y amarla, y, lo diré de una vez, de obedecerla, estudiar sus deseos y concederle lo que le pida? Pedidle, dice, pedidle sin cesar, para que pueda recompensar todas las penas y amarguras que he causado á su corazón maternal. Sí, yo también digo con un gran santo y vosotros todos lo diréis conmigo: María es poderosísima con sus oraciones: *Omnípotens supplex*. Si se hace todo lo que Dios quiere, se realiza todo lo que María desea. Si Dios manda, María pide. Si Dios mandó á la nada y la nada le obedeció, María puede mandar á la muerte, y la muerte la obedecerá por orden del Todopo-

deroso. María puede soplar sobre las osamentas áridas, *ossa arida*, que son las almas muertas en la vida de la gracia, y volverán á la vida. Si Jesús es la fuente de la vida, ¿no es María el admirable conducto que la hace llegar hasta nosotros?

Hemos dicho que María es la Reina del corazón de su Hijo. Luego tiene en él el crédito, la influencia y la autoridad que tiene una madre sobre su hijo. Luego tiene por Jesucristo el reino del cielo, el imperio real y soberano y el poder supremo. Lo que dijo el rey Faraón á José al nombrarle su primer ministro y confiarle el gobierno de todas las provincias de su reino, lo ha dicho Jesús á su madre al confiarle el cetro de los cielos. Nadie podrá en lo futuro dar un paso ni nada hacer sin su permiso, es decir, que nadie podrá bajar del cielo ni subir á él sin su voluntad. Todas las gracias de luces, todas las palabras de misericordia, todas las llamas de amor, todo pasa por sus manos, todo brota de su corazón immaculado.

Terminemos, pues, hermanos míos, considerando que la confianza que pongamos en María ha de ser tan grande como el poder que tiene ella en el cielo. Jamás agotaremos el crédito que tiene. No olvidemos que es la madre de nuestro juez, la madre de nuestro Dios, el primer ministro de sus misericordias. «*O peccator, ne diffidas.*» ¡Oh pecadores, tened confianza! Por muchas que sean vuestras faltas, por grandes que sean vuestros crímenes y por monstruosos que os parezcan á vosotros mismos, tened presente que María puede obteneros el perdón de todos ellos. No olvidéis el poder de su intercesión. No será Dios Padre quien desoiga las súplicas de su hija; no será tampoco el Hijo quien se haga el sordo á los deseos de su madre. Tampoco será el Espíritu Santo quien aflija á su fiel esposa, negándose á satisfacer los deseos de su corazón.—ASÍ SEA.